

Ni en los baños de Alemania, ni en las ferias de Francia, ni en las festividades andaluzas, ni en ninguna otra parte, repetimos, hay escenas semejantes á las de San Agustín. Es necesario volver atrás la vista y hacer memoria de lo que pasaba hace pocos años. El *viejo México* se acaba, la civilización nos vuelve franceses é ingleses; y el tiempo, así como roe los edificios y las piedras de las catedrales, así también acaba con las costumbres y los usos de los pueblos.

La proximidad de la Pasena de San Agustín, era para las familias de la capital y sus alrededores, el acontecimiento de mas importancia en todo el año.

¿Quién dejaba de ir á San Agustín? Ninguno. Las mugeres á bailar, los hombres á jugar, los pobres á poner fondas, caballerizas, hospederías, tiendas ambulantes y juegos de todas clases.

Se puede asegurar que todo México en los tres días de Pascua, jugaba albuces en San Agustín. Los que no iban, es decir, las señoras muy estrictas, los padres de familia timoratos y los de la Iglesia, que no querían caer en el pecado del escándalo, daban su *vagueta* á algun amigo de confianza.

El primer día de Pascua todos los carruajes, diligencias, carretones, ómnibus, caballos, mulas y aun burros, se ponen en movimiento y llenan las calles centrales de México. Desde las seis de la mañana comienza el tráfico, y por bandadas entran señoras, hombres y niños en los coches, que una vez completa la carga, parten á todo trote. Este movimiento disminuye el segundo día; pero el tercero, para el que muchos se reservan, aumenta de una manera increíble. Quien observe la calzada en esos momentos, creerá que es la emigración de la ciudad entera.

Una vez que se llega á San Agustín, la primera operacion es almorzar. No faltan fondas, y algunas donde guisan tan bien, como se puede comer en París. En cuanto al precio, á veces dos ó tres platos y una taza de café, cuestan ocho ó diez pesos.

Después del almuerzo, á los montes. Los montes son los que constituyen la principal diversion, la especialidad de la feria.

La lucha sigue día y noche durante cuatro días. Los concurrentes salen de un juego y entran en otro, y otro; y personas hay que no comen ni duermen, porque no tienen con que pagar ni la fonda ni la posada. En medio de todo esto, es admirable la delicadeza, la compostura y la caballerosidad con que por lo general se juega en San Agustín. Nada de ju-

## CALLE DEL PUENTE DE ROLDAN.

Ese canal que véis tan alegre y hermoso en el Paseo de la Viga, presenta aquí un aspecto triste y desagradable: es que ahí le véis estenderse gozoso en medio de campos esmaltados de verdura y flores, correr á través del valle de México, y aquí le tenéis aprisionado, comprimido entre edificios de poco gusto, antiguos y sombríos. Las aguas no son ya cristalinas y corrientes: las veis estancadas, negras, inmundas. El mal olor que á veces despiden, es materialmente insufrible, pues esa parte del canal es el desagüe de todos los albañales del barrio.

Este canal es, sin embargo, muy concurrido; pero no por gente que busca el placer y el aire puro, sino por los vendedores de todas clases.

Puede decirse que la calle del Puente de Roldan es el verdadero muelle del canal, el sitio donde se hacen todos los contratos; y sabido es que las mercancías que entran por agua son muy considerables, pues además de los productos de las haciendas y poblaciones vecinas, todos los efectos que vienen de la tierra caliente por Cuernavaca, cortan el camino para venir por agua desde Chalco.

Desde la aurora hasta poco antes del medio día, el comercio es muy activo en esa calle: todos los mercaderes de frutas, legumbres, flores, &c., que después se sitúan en los mercados, ocurren aquí á hacer sus compras.

Las mercancías vienen en canoas conducidas á fuerza de remos, y los vendedores son todos indígenas. Se ha pensado introducir la navegacion

ramentos, ni de blasfemias, ni de maldiciones: cada uno sufre su suerte y disimula su mal humor, y sufre su desgracia hasta con una calma y aparente alegría que da lástima. En los años de mucha concurrencia se han llegado á poner de quince á veinte montes, con un fondo cada uno de 50 á 60,000 pesos; de suerte, que en esa feria puede girar entre monteros, apuntes, fonderos, hospederos, empresarios de gallos, &c., puede circular en los tres días, un capital de mas de 1,000,000 de pesos.

Las señoras tienen la diversion de los gallos por la mañana, el paseo del Calvario por la tarde, y el baile en la noche. La colina del Calvario, cubierta de césped y rodeada de arbustos, con su pequeña ermita en la cima, y poblada de señoras elegantemente vestidas, de niños que corren y saltan, y de pueblo, que como una marejada, se mueve en todas direcciones, presenta un espectáculo sumamente animado é interesante.

En la plaza se improvisan, bajo tiendas de campaña, neverías, cafés, tiendas y juegos de imperial, de dados y de cartas, donde pasa los días y las noches la gente del pueblo.

San Agustín, además de esta feria, que va decayendo de año en año, tuvo una época de prosperidad. En la primera vez que se estableció en la República el sistema federal, D. Lorenzo Zavala, que era gobernador del Estado de México, llevó la capital á San Agustín, le restableció su antiguo nombre indígena de Tlalpam, y los poderes del Estado fijaron allí su residencia. Se planteó un colegio y un hospicio ó casa de asilo, y se construyó una casa de moneda. Toluca se presentó á poco como rival de San Agustín, y andando el tiempo logró ser la capital del Estado. Actualmente hay en San Agustín una fabrica de hilados y tejidos de algodón, otra de tejidos de lana de la propiedad de D. Cayetano Rubio, y además, una de papel de los señores Benfil y Carrillo, que han logrado ya fabricarlo con mucha perfección, y varias casas de campo construidas y adornadas con mucho gusto y elegancia, pudiéndose citar entre otras la de D. Cándido Guerra, la de D. Joaquín Rozas, la de D. Manuel Escandon, la de D. José María Landa, la de D. Ramon Gamboa, y la de D. José María Andrade.

La poblacion constante de San Agustín y sus suburbios podrá estimarse en 4,000 habitantes. En la estacion de las aguas aumenta con las familias que van de México á mudar temperamento.

M. PAÑO.

## PLAZA MAYOR DE MEXICO.

¡Tended la vista! ¡Hermoso espectáculo! La mitad de México se desarrolla ante vuestros ojos, y mas allá de las torres y azoteas de esta ciudad de palacios, la llanura tapizada de grama que termina las lagunas, y al fin las colinas y montañas que cierran el valle.

La plaza de armas ó plaza de la Constitucion, es amplia, hermosa, y forma casi un cuadrado perfecto. Hacia el Oriente, á la derecha de la Catedral, está el Palacio Nacional, edificio sin mérito arquitectónico alguno; pero que por su gran masa y la sencillez de su fachada, presenta un aspecto imponente. Tiene tres puertas: encima de la primera está la torrecilla del reloj y el asta en que se enarbola el pabellon nacional. Su estension es de 246 varas. Está coronado de almenas y en las esquinas hay unos baluartes. Este edificio es la residencia de los Supremos Poderes de la Nacion, los archivos, las oficinas, &c. Fué en un principio propiedad de la familia de Cortés: el gobierno de España lo compró para sus vireyes en 33,300 pesos. No teniendo toda la capacidad necesaria, fué reedificado el año de 1693. Diversas ocasiones se ha tratado de variarle la

fachada; pero los costos de la obra han detenido á los gobiernos mexicanos, y se han contentado con composturas parciales.

La Catedral forma otro de los costados de la plaza. Este edificio, que será objeto de un artículo especial, es muy hermoso, y pasa, con muy justa razon, por uno de los primeros templos de la América. A su lado está el Sagrario ó primer parroquia de México, y al frente y costados, cerrando el atrio, el hermoso y poético paseo de las Cadenas, con sus copados y verdosos fresnos.

El Portal de Mercaderes y el Palacio municipal, forman los otros dos costados de la plaza, que siempre ha tenido este carácter aun en tiempo de la antigua Tenochtitlan, que fué demolida para levantarse sobre sus ruinas la ciudad que hoy admiramos.

La plaza está empedrada y cruzada por anchas aceras, para comodidad del público. En el centro iba á levantarse un monumento en honor de la Independencia. Llegó á construirse el zócalo; pero la obra no pasó adelante.

LUIS G. ORTIZ.

## TRAJES DE INDIOS MEXICANOS.

(CAMINO DE TACUBAYA A CHAPULTEPEC.)

Entre todas las láminas que forman esta notable y hermosa coleccion, la que tenemos al frente es una de las que mas elogios merecen, y con justo título llaman la atencion. El tipo, el aire, los trajes de los indígenas, están tomados con una exactitud maravillosa. Los artistas que han hecho este cuadro, deben estar orgullosos de su obra. Entusiastas por todo lo bello, por todo lo verdadero, aun á trueque de ofender su modestia, queremos consignar aquí el tributo de nuestra admiracion, escitándolos á seguir en una carrera que puede proporcionarles envidiables triunfos.

La raza indígena, que forma mucho mas de la mitad de la poblacion de la República mexicana, yace actualmente sumergida en la abyección mas profunda y en una miseria espantosa. Dueños hace trescientos años de este país, ricos, fuertes y respetables, apenas se puede hoy comprender hasta qué punto estaban civilizados; imposible es adivinar en esas familias degeneradas y embrutecidas, los restos de un gran pueblo, que ha dejado un nombre ilustre y glorioso en las páginas de la historia.

En tiempo de la conquista, Tenochtitlan era una ciudad muy populosa, capital de un gran imperio, que habia logrado hacer su nombre respetable en medio de todos los pueblos que ocupaban el vasto territorio que forma hoy la República.

Tenochtitlan estaba poblada de templos y palacios, cuya descripcion maravilla aun ahora que estamos acostumbrados á ver los prodigios de la civilizacion. Sus calles eran regulares y existia una verdadera policia.

En punto á artes, industria y conocimientos astronómicos, los mexicanos estaban muy instruidos: sus tejidos, sus artefactos de pluma, sus estatuas, sus obras de metal, se conservan para testimonio de su cultura; su calendario es una obra maestra de precision y exactitud: no usaban escritura; pero sus geroglíficos servian para la trasmision de sus ideas, aun las mas abstractas. No ha faltado escritor que asegure, que los mexicanos estaban mucho mas adelantados en la civilizacion que los mismos egipcios. Pero verificada la conquista, el celo religioso de los primeros misione-

ros, llevado hasta el fanatismo, destruyó los mas preciosos objetos, imitando la barbarie de los destructores de la biblioteca de Alejandría. La ignorancia de los frailes, les hacia ver en toda pintura, estätua ó monumento, un motivo de idolatría, y sin piedad fué entregado á las llamas cuanto cayó en sus manos. He aquí cómo se perdieron tantas páginas de la historia de ese pueblo, dejando insoluble el problema de quiénes fueron los pobladores del Nuevo Mundo.

Se impuso á los mexicanos el cristianismo, no como una religion de paz, de amor, de fraternidad y civilizacion, sino como la ley del vencedor, apoyada en el hierro y la amenza.

Se trató á la raza conquistada, no como á un pueblo de hermanos, al cual se civiliza, sino como una grey de esclavos á quienes va á castigarse. No escageramos: ahí está la historia que refiere crueldades sin ejemplo, atentados junto á los cuales el tormento de Cuautemotzin, es cosa comun é insignificante.

En poco tiempo la raza indígena, antes inteligente, robusta, orgullosa, degeneró y se disminuyó, no valiendo para cortar el mal, ni aun la voz enérgica de Fr. Bartolomé de las Casas, á quien la indignacion prestaba fuerza y elocuencia.

Los españoles y sus descendientes, fueron siempre intolerantes y orgullosos con su color. Se creyeron superiores á los indígenas, á quienes fué preciso que una bula del Papa declarase seres racionales!

El indígena jamas vió en los dominadores un hermano; siempre estuvo tiranizado, humillado, vejado! La línea que divide á las dos razas, nunca se ha salvado.

No se ha procurado la civilizacion y el mejoramiento de esa raza; apenas de tiempo en tiempo han héchose esfuerzos aislados, y lo peor de todo es, que verificada la independencia, hemos heredado todos los vicios de nuestros dominadores, quienes si presentan como timbre de gloria los edificios que han sembrado en nuestro suelo, las costumbres, el idioma, la religion que nos han legado, también dejan como eterna acusacion el abati-

F. GONZALEZ BOCANEGRA.